

¿Qué es “Tochis”?

El arte de la transliteración

Agradezco a Eliahu Toker, poeta y traductor del idish, cuyo artículo sobre la grafía de la palabra “idish”, aparecido en la revista *Idiomanía*, me abrió un campo de reflexión.

Florencia Verlatsky

¿Qué es "Tochis"? El arte de la trasliteración

Hace ya 28 años que estoy en el oficio editorial. Soy correctora de pruebas, editora de textos, lectora técnica y revisora de traducciones. Voy a dar una somera explicación del significado que cada una de estas frases tiene en el ámbito editorial.

Los correctores de pruebas trabajamos con los textos cuando ya han adquirido su forma final e ingresaron en el proceso de "composición tipográfica": Se les da determinada forma (familia tipográfica, cuerpo, tamaño de la caja, cantidad de líneas por página, etc.) y se realiza una prueba de impresión. Esa impresión es la "primera prueba", que en la jerga ya antigua de la composición en caliente (es decir, la composición en la imprenta de Gutenberg, con tipos móviles de plomo que se fundían para darles las formas de los signos necesarios) se llamaban "galeras". El corrector lee simultáneamente el texto original y la prueba, línea por línea. También se puede trabajar con un "atendedor": un corrector que lee el original, mientras otro corrector lee, letra por letra, la prueba. Se hacen tres o cuatro pruebas hasta lograr un texto sin erratas. Aunque nunca se sabe... El corrector tiene que estar preparado para encontrar, en el libro ya impreso, algo que no advirtió en su minuciosa lectura. Es el destino del corrector: su tarea sólo se nota cuando algo sale mal.

Por su parte, un "editor de textos" realiza una tarea previa a la composición tipográfica: trabaja codo a codo con el autor de un futuro libro, lee sus manuscritos, los ordena, sugiere tonos, registros lingüísticos, jerarquías de temas, agregar o quitar partes; lo asiste en la redacción, muchas veces reescribe y hasta escribe algunos párrafos...

"Pero ¿qué es un lector técnico?", se estarán preguntando muchos de ustedes. Es realmente una extraña conjunción de palabras. No alude, sin embargo, a ningún artilugio informático, como "lectora de cedés", por ejemplo, sino a una práctica común en las editoriales. Cuando una persona escribe un libro, suele llevar varias copias a distintas editoriales para interesarlos en la publicación. En la editorial entregan estas copias a personas que las leen y elaboran un informe: se resume el contenido y se evalúa el texto: sus valores intrínsecos, el público al que está dirigido, su adecuación o no con respecto al catálogo de la editorial. El mismo trabajo se hace con libros ya publicados en otros países, tanto en castellano como en otros idiomas. En este último caso, se agregan los eventuales problemas de la traducción. Lo ideal es poder prevenirlos, y un buen lector técnico puede dar algunas pistas para lograrlo.

Los revisores de traducciones, por su parte, leen simultáneamente el original en la lengua de origen (en las editoriales se solía decir "en idioma") y verifican, en primer lugar, que el traductor no se haya salteado nada, y también que estén respetados los niveles de lengua, los tecnicismos y el estilo propio del castellano. Por ejemplo, si un texto sobre psicoanálisis trata sobre la relación del niño y *the stool*,

no se debe traducir “el orinal”, sino “las heces”, pues ése es el término técnico correcto en psicoanálisis. Asimismo, *relation au père* no es “relación AL padre”, sino “relación CON el padre”. Es inevitable que el traductor se quede “pegado” a la lengua de origen, así que el revisor, que toma el texto más tarde, que tiene más distancia con el original y una mirada más general, está en mejores condiciones de detectar problemas, simplemente porque llega después.

Hay, además, una quinta “tarea” –en este caso, entre comillas– que me suele ocupar. Es la única por la que no me pagan, pero está en el origen de mi elección profesional: me refiero a la lectura porque sí, la lectura de textos que yo elijo, y no que me dan en las editoriales para trabajar.

Cuando leo “para mí” me obligo a despojarme del ojo avizor, de la memoria visual, de la enciclopedia interna, de la preocupación por la grafía de los apellidos extranjeros, del régimen preposicional, de controlar la coherencia, de la jerarquía de títulos y subtítulos... Me obligo a despojarme de todo eso y, si el libro está relativamente bien resuelto, lo logro, pero si tiene problemas muy graves, no puedo dejar de advertirlos. Y ahora sí llegué a mi tema específico: los problemas de transliteración.

La lectura “para mí” de dos extraordinarias novelas de Henry Roth, *Llámalo sueño* y *Una estrella brilla sobre Mount Morris Park*, fue el punto de partida de algunas reflexiones sobre la traducción y la transliteración.

Como “se dice el pecado pero no el pecador”, no voy a mencionar el nombre del traductor ni de la editorial, pero, por supuesto, cualquiera puede averiguarlo fácilmente. Sólo les diré que estos libros fueron traducidos y publicados en España.

Henry Roth es un escritor judío, hijo de inmigrantes que llegaron a Nueva York cuando él tenía dos años. Contó su vida hasta los ocho años en la novela *Llámalo sueño*, y de esa edad en adelante, en *Una estrella brilla sobre Mount Morris Park*. Sus padres, su familia toda, sus vecinos de la infancia, y él mismo, hablaban en idish, la lengua de los judíos de la diáspora, y, cuando podían, en un trabajoso inglés. A medida que todos fueron aprendiendo mejor el inglés, hablaban menos en idish, por lo cual hay muchos, muchísimos más diálogos en un inglés con acento idish en la primera novela, la que relata la infancia del autor, que en la segunda.

Ahora bien, para el autor debió de haber sido un trabajo enorme transliterar el acento idish al mal inglés de sus personajes. En castellano, el acento idish suena de una manera; en inglés, de otra. Para mayor dificultad, el idish se escribe en caracteres hebreos. Actualmente, en la ciudad de Buenos Aires casi no hay nadie que hable con acento idish, pero todos sabemos *quie* soñaba más o menos así, como hablaba mi *aboila* paterna, o *mejor* dicho, mi bobe. *¿lentienden? Oy, veis mir, nio saben quié trabajo mie da traslieterar* esto.

Claro que ustedes me están escuchando, y es en la oralidad donde aparece el acento. Lo difícil es transcribirlo, es decir, escribirlo con la grafía correspondiente, ponerlo en letras. Es difícil en castellano y es difícil en inglés. Y, por supuesto,

siempre algo se pierde. La grafía no representa todos los sonidos: se pierden entonaciones, pausas, hasta gestos, que en la comunidad judía, como en la italiana y en tantas otras, son casi indispensables para la comunicación.

Volviendo a las novelas de Roth, imagino el trabajo que le habrá dado al traductor transliterar esos diálogos. De hecho, en la contratapa de *Llámalo sueño* los editores advierten que la novela tardó mucho en aparecer en el mundo hispano por las dificultades de traducción. Lamentablemente, esta vez el esfuerzo no dio buenos resultados: el acento ídish está irreconocible.

Veamos una frase, una línea de diálogo de *Llámalo sueño*, como muestra del esfuerzo que tiene que hacer el lector:

Te dihe ke tenía k'ensenyart'algo. Mira, se z ierr' así.

Parece una carrera de obstáculos, ¿no es verdad? Un camino erizado de haches, kas y apóstrofes, inútiles en su gran mayoría. Por ejemplo, "enseñar", con "ñ", suena para nosotros igual que "ensenyar" con "ny". ¿Para qué, entonces, complicar tanto las cosas? Si el lector sigue avanzando, no es por mérito de la versión en castellano, sino porque la novela es excelente, a pesar de su traducción.

¿Cómo se podría haber resuelto esta traducción y lograr mejores resultados? Para darles un "aire" de acento judío a los parlamentos de los personajes, habría bastado con elegir una o dos prosodias muy características: la transformación de "ue" en "oi" ("hoivos" en lugar de "huevos"), la transformación de "ua" en "va" ("cvatro", en lugar de "cuatro"); la duplicación de las jotas: "jjamás"; el reemplazo de la "rr" por la "r". También se podría transformar la "e" en "ie" o en "i", aunque no en todos los casos, porque en castellano tenemos una gran cantidad de palabras con "e" —como "me", "te", "se", "que", "le", etc.—, y el texto se tornaría ininteligible.

Veamos cómo quedaría la frase que acabamos de leer:

Ti dije quie tenía quie enseñarte algo. Mira, se ciera así.

El error del traductor consistió en copiar la transliteración del ídish al inglés, un error que equivale al de traducir literalmente una expresión idiomática. Si en el texto en inglés dice "a piece of cake", y nosotros traducimos "un trozo de torta", la expresión pierde sentido en castellano. En realidad, "a piece of cake" equivale a nuestra "pan comido". Algo es "pan comido" cuando es muy fácil, ¿verdad? ¿Pero qué pasa si decimos "Estoy tranquila porque este examen es un trozo de torta"? No se entiende nada, no tiene sentido en castellano. Y lo mismo ocurre con la transliteración: copiar la grafía con que el inglés reproduce la pronunciación del ídish o del hebreo carece de sentido.

En las dos novelas de Roth, además del acento ídish que los personajes le imprimen a su mal inglés, hay palabras directamente en ídish, que también son casi irreconocibles. Voy a dar un ejemplo grosero pero que sé que todos, todos, conocen,

porque es una palabra que Tato Bores popularizó en la televisión: tujes. La conocen, ¿no? Bueno, en Una estrella... aparece como "tochis". El lector de habla inglesa lo pronunciará "tujes", pero nosotros... ¿qué haremos? ¿Qué es "tochis"? No sabe, no contesta.

Otro ejemplo: los "latkes" son unas croquetas de papa tradicionales de la cocina judía. Escribo y pronuncio "latkes". Pero, para el traductor, son "lotkes". Me podrán decir: "ah, bueno, pero así lo pronuncian los judíos en España...". Pero no es así. Lo que pasa es que en inglés, esa "o" suena casi como una "a". Lástima que en castellano, cuando escribo "o", pronuncio "o". Además, el traductor no tuvo en cuenta, no se molestó en averiguar cómo pronuncian los judíos en España, y la prueba está en que tradujo "guefilte fish" (pescado relleno) como "pescado guefilte", pues "fish" significa "pescado" tanto en inglés como en idish. Tendría que haber escrito "guefilte fish" o bien "pescado relleno", no ese centauro lingüístico que no existe en ninguno de los dos idiomas.

Otro error: "la chil". En realidad, son dos errores: por un lado, en la transliteración al castellano, pronunciamos y escribimos "shil", no "chil". Por otro lado, "shil", que significa "sinagoga", es en idish una palabra de género masculino, y eso debemos respetarlo al traducir. Es: "el shil"... pero, claro, en inglés los sustantivos y adjetivos no tienen género, y el traductor se perdió. Tal vez, como shil significa "sinagoga", pensó: "'Sinagoga' es femenino, por lo tanto, 'shil' es femenino". Conclusión errónea. Moraleja: no hay que deducir, hay que averiguar.

Más allá de las novelas de Roth, en muchos otros libros hay también problemas de transliteración, y no sólo del inglés al castellano. En francés, por ejemplo, los autores transliteran palabras del hebreo o del idish para que EN FRANCÉS reproduzcan el sonido original. Entonces, usan la "ch" para el sonido que en castellano se escribe "sh". Por ejemplo, el autor escribe "chil", pero el traductor debe escribir "shil".

Otro error frecuente, esta vez relativo a palabras en hebreo: "shoah", "torah", "mitzvah", en lugar de "shoá", "torá" y "mitzvá". Como la "a" solita suena "ei", en inglés, se le agrega la "h" para advertirle al lector que no debe pronunciar "shoei", "torei", "mitzvei". En castellano, esa "h" sobra. Además, falta la tilde, pues el lector de habla castellana que no las conozca de antemano, las pronunciará "shóa", "tóra" y "mítzva", lo cual es incorrecto.

La transliteración es un aspecto de la traducción que no siempre es tomado en cuenta por los traductores al castellano. Pese a que no tiene Academia alguna, la lengua inglesa tiene un sólido desarrollo filológico, y normas de transliteración establecidas con firmeza. Pero aplicarlas a rajatabla y en el terreno equivocado, olvidando que esas reglas sólo funcionan bien para la pronunciación desde el inglés, conduce a errores graves que deberíamos evitar, por la salud de nuestros textos.